

brillante informe, que era simplemente agua ordinaria, potable, pero sin la menor propiedad terapéutica.

Contra el infierno y contra los hombres, la causa de las apariciones fue difundida tan sólo por ella misma y por la creencia pacífica del pueblo. El clero nada hizo contra ella; más tampoco la sostuvo: obró como incrédulo en un principio. Los Curas que pudieron estar bien enterados, viendo el carácter de santidad que presentaban las visiones, entraron en una respetuosa duda; un poco más adelante prestaron dichosamente la adhesión de su alma. Un gran número empero continuaron vacilando largo tiempo.

Mas por una prudencia inexplicable actualmente para los testigos de este entusiasmo popular, que arrastraba hasta á los mismos impíos, y gracias á una disposición de la Providencia que no quiso tuviese apariencias de acción humana una obra de la Virgen Inmaculada, no se presentó jamás un solo clérigo entre la muchedumbre en todo el tiempo que duraron las apariciones.

La peregrinación de Lourdes fué pues, obra exclusiva de la Virgen; ella sola lo hizo todo. La policía fué vencida, vencidos fueron la administración y el prefecto. Una orden formal, emanada de la autoridad soberana, restituyó á la piedad de los peregrinos el libre acceso á la gruta bendita; y desde entonces no ha venido á perturbar su paz y dulzura ninguna tentativa de los humanos poderes.

Inhabilitado ya para el país el malhadado prefecto, fué nombrado para la primera prefectura vacante, y por una notable terquedad de la Providencia, fué expulsado por Nuestra Señora de Lourdes, para caer bajo la dependencia de Nuestra Señora de la Saleta: de Tarbes pasó á Grenoble. Incorregibles como son todos los católico-liberales, gubernamentales y semi-racionalistas, decía con frescura que si hubiese sido prefecto de Grenoble en 1846, hubiera puesto orden á la aparición y «á las supersticiones» de la Saleta. Algunos años después murió allí de un ataque de apoplejía, ¡Dios se haya apiadado de su alma!

El procurador imperial de Lourdes, igualmente inhabilitado, fué trasladado, lo mismo que el ilustre comisario, el cual según dicen, ha llegado á ser uno de los sabuesos más distinguidos de la alta policía.

XX

Aparición del 25 de Marzo.—“Yo soy la Inmaculada Concepción”

Pasada la quincena, la joven Bernardica iba todos los días á la gruta. Rezaba allí el Rosario, como los demás peregrinos; sus ojos permanecían largo tiempo fijos en el fondo de la peña; pero la dulce Visión no aparecía, y sus transfiguraciones habían cesado.

El plazo de las promesas había espirado. Con todo, el pueblo esperaba siempre volver á ver el maravilloso éxtasis, y cada vez que la joven se dirigía á Massabielle, se precipitaba á su paso. Creía ir con ella al encuentro de la Virgen. Bernardica no esperaba ya volver á verla. La voz que advertía á su alma, cuando María había de aparecer durante los quince días, estaba muda desde entonces.

El 25 de marzo, festividad de la Anunciación, Bernardica se siente fuertemente *empujada* hacia la gruta; obedece dichosa al interior impulso, y se traslada á Massabielle. La solemnidad del día, la esperanza incierta, pero general, de que aparecería la Visión, atrajo una concurrencia extraordinaria. Sorprendióse Bernardica al hallarla. Púsose en oración, con el rosario en la mano, y pronto un súbito estremecimiento y la alteración de su rostro anunciaron que se aparecía la Virgen.

Fué aquel un gran día en la historia de las apariciones.

Bernardica había pedido muchas veces á la misteriosa Señora que le revelase su nombre, y no había obtenido más que sonrisas. En este momento de éxtasis, recordando que el señor Párroco le había recomendado especialmente que se lo pidiese cuando volviese á verla, dijo: «¡Oh Señora mía! ¿queréis tener la bondad de decirme quién sois, y cuál es vuestro nombre?»

Pareció que la Visión resplandecía más; sonriendo

siempre, sonrió con más benignidad, y esta fué su única respuesta.—«Señora mía, replicó la niña, ¿queréis decirme quién sois?» Los mudos labios de la celeste Aparición brillaron con un prolongado y divino sonris.

«Oh Señora mía, os suplico me digais vuestro nombre; debéis manifestarme quién sois.» Desde el centro de la aureola el virginal rostro envía á la querida niña una nueva sonrisa, la más arrebatadora sin duda..... Después la Señora aparta su vista de Bernardica, separa sus manos, hace deslizar en su brazo el rosario que tenía en sus dedos unidos á la altura de la cintura, levanta á un tiempo sus manos y su cabeza radiante; en tanto que sus manos se juntan delante del pecho, su cabeza se afirma, y más radiante que nunca, dirigida la vista á la gloria del cielo, dice: «Yo soy la Inmaculada Concepción.»

Sin otra mirada á la niña, ni otra sonrisa, ni el adios acostumbrado, desapareció en la misma actitud, dejando en el alma de Bernardica esta imagen y este nombre.

Bernardica extremadamente gozosa, tenía prisa por ir á revelar al señor Párroco el nombre, por fin conocido de la Señora. Mas ella no comprendía del todo estas palabras: *Inmaculada Concepción*; en aquel momento, en el resplandor de la aparición, las había oído por la vez primera. Y estas palabras ignoradas no le descubrían quién era la Señora. Tenía miedo

de olvidarlas, y las repetía en todo el camino: «Yo soy la Inmaculada Concepción.»

Comprendiólo el Párroco; el pueblo cristiano lo comprendió; no se había engañado. Era ella, la Virgen María, la Madre de Dios.

Esta aparición, divulgándose con nueva magnificencia y dulzura, cuando nada la hacía esperar y al parecer se habían concluido las celestes apariciones, parecía el coronamiento de la obra de MARIA en la gruta. Ella aclara el misterio por tanto tiempo velado de sus quince primeras visitas. La Señora había hecho presentir su nombre, y el pueblo, á la narración de la atónita niña, decía: ¡MARIA!—pero quería oírse de sus labios. Dignóse descender una vez más y decirlo: «Yo soy la Inmaculada Concepción.»

En parte alguna del mundo y en ninguna de sus apariciones se había llamado con este nombre. MARIA por su propia boca da á la gruta de Lourdes una gloria única, la de ser el solo santuario, señalado por el cielo, de la Inmaculada Concepción. Ella revela el pensamiento divino sobre la naciente peregrinación. La Inmaculada Concepción es su objeto y será su riqueza.

En esta palabra tienen los peregrinos toda su oración: ella encierra el secreto de sus esperanzas. En las maravillas de Lourdes prepara Dios una nueva glorificación á la Concepción Inmaculada. En honor de la Inmaculada Concepción y por virtud de la Inmaculada Concepción brotarán de la fuente las curacio-

nes; y en la gracia de la Inmaculada Concepción hallarán los pecadores las alegrías de la misericordia. Los cirios encendidos debajo del peñasco, honrarán con sus luces la pureza sin mancha de MARIA; los pueblos vendrán á celebrar la Inmaculada Concepción con sus magníficas é innumerables procesiones, y las piedras todas de la buscada capilla alabarán á la Inmaculada Concepción.

Bernardica conservó vivo el recuerdo de la Virgen glorificándose delante de Ella por su Inmaculada Concepción. Es este quizás el recuerdo que más vivo ha conservado en su memoria. Hásele pedido muchas veces que reprodujese aquella augusta escena.

La joven se recogía y decía: «Hizo así.....» Y sus manos, su cabeza, su mirada imitaban los movimientos de la Virgen. En el simple hecho de levantar las manos y de juntarlas extendidas sobre el pecho, había tanta dignidad y tanta gracia; era tan grave y dulce su rostro; y su mirada, dirigiéndose al cielo, tomaba tal expresión, que al verla se experimentaba una admiración involuntaria y un religioso respeto. Á menudo ha arrancado lágrimas; tan bien representa el arrebatador momento de la Aparición. Cierta día conmovió tanto á un hombre de mundo, que exclamó: «Para mí esto basta. Creo. Esta niña ha visto; jamás podía inventar lo que hace. Lo que ha visto no es de este mundo.»

XXI

Aparición del lunes de Pascua, 5 de Abril.
—El milagro del cirio encendido

Diez días después, el 5 de Abril, lunes de Pascua, Bernardica, rodeada de una multitud de personas que oraban, fué favorecida con otra aparición de la Virgen Inmaculada. Esta vez hubo un espectáculo que admiró más que todas las maravillas anteriores y acabó de demostrar el carácter divino de las visiones.

La joven, arrodillada, tenía en una mano un cirio encendido, que apoyaba en el suelo. Absorbida por la contemplación de la Reina del cielo, juntó sus manos, y sin parar atención en lo que hacía, las levantó un poco y las dejó caer suavemente sobre el extremo del cirio encendido. Entonces la llama empezó á pasar por entre sus dedos ligeramente entre abiertos y á elevarse por encima de ellos, oscilando de un lado para otro según el leve soplo del viento.

Alarmáronse los que estaban á su lado, exclamando: «¡Se quema!... ¡se quema!...» La niña se sonreía, siempre inmóvil, siempre serena. «Dejemos hacer, dicen unos á otras personas que querían tomar el cirio; evidentemente no siente el fuego. Véamos lo que será.»

Un médico observaba á la joven. Atónito sacó su reloj. La llama continuó ardiendo, y las manos si-

guieron más de un cuarto de hora sin el menor movimiento. Cuantos podían ver á Bernardica notaron como subía la llama por entre sus dedos entrelazados, y exclamaban atónitos: «¡Milagro! ¡milagro!» Nunca había presenciado aquella gruta semejante asombro. Por fin se separaron las manos de la niña, el doctor las examinó, y estaban ilesas y blancas.

Después del éxtasis, cuando Bernardica volvió á la vida ordinaria, uno de los espectadores aproximó á la mano de aquella la llama de la vela aún encendida.—«¡Oh! ved que me quemais,» exclamó la niña, volviéndose bruscamente.

Un prodigio tan manifiesto y conmovedor dejó una impresión profunda. Era la aparición décimaséptima, y la décimaquinta de aquellas en que la Virgen había llamado á la multitud como testigo de un misterio profundamente secreto, al par que admirablemente descubierto. Aquel día había al rededor de Bernardica más de nueve mil personas.

El divino espectáculo concluyó para la muchedumbre el día 5 de Abril. Por la vez última delante de ella la Reina de la gloria hace brillar el reflejo de su esplendor sobre el angelical rostro de la niña transfigurada, mostrando el poderío de su belleza en el éxtasis de esa alma elevada por un irresistible arrobamiento. Quiso aquel día tributarse á sí misma un triunfante testimonio.

Vino otra vez para poner á su obra el sello divi-

no, y asegurar la fe y la gloria de su nombre por el sello inimitable del milagro.

¡Espectáculo admirable y bello! la niña contempla á la Señora, ora y sonríe; presenta sus tiernas manos á la llama, y ésta las toca, las acaricia y no las quema. Ese cirio bendecido, que se consume como una oración, respeta á la joven, mientras está con la *Inmaculada Concepción*. Vese por más de un cuarto de hora cómo el fuego lame sus manecitas y la niña sonríe.

Así es como la multitud vió á Bernardica en la última aparición pública; y tal es el divino, el último recuerdo que de su presencia deja la blanca Señora del rosal, la Virgen de la gruta, de la fuente de los milagros, del rosario, de la luz, de las rosas, de las sonrisas, la *Inmaculada Concepción*.

Bernardica pudo verla una vez más, pero casi sola y mucho tiempo después para ser fortalecida y consolada.

XXII

Curación milagrosa del joven Enrique Busquet

Los milagros se multiplicaban bajo la acción del agua de la gruta, como las flores bajo la acción del rocío de la primavera. Ya se perdía por decirlo así, la cuenta de ellos. Hé aquí, entre cien otros, uno cu-

ya autenticidad ha sido proclamada por los médicos, al mismo tiempo que por la autoridad eclesiástica.

Existía entonces en Nay, en los Bajos Pirineos, un joven de quince años, llamado Enrique Busquet, cuya salud estaba perdida y su sangre profundamente viciada á consecuencia de una fiebre tifoidea que padeciera dos años antes. En la parte derecha del cuello se le había formado un enorme absceso, de carácter escrofuloso maligno, que insensiblemente había invadido la parte alta del pecho y la inferior del carrillo. Al cabo de cuatro meses y de resultas de una operación que se creyó necesaria, una llaga horrible, grande, que daba una abundante supuración, se extendía por toda la parte enferma. Además, en derredor de la úlcera habíanse formado dos nuevas hinchazones de las glándulas.

Habían sido inútiles todos los tratamientos empleados: las aguas de Cauterets habían producido antes mal que bien, y el estado del pobre enfermo empeoraba de día en día.

Enrique era muy piadoso. Oyó hablar de las maravillas de Lourdes y del manantial milagroso. No pudiendo ir allí, pidió á una buena vecina que iba á hacer la peregrinación, que le trajese un poco de aquella agua. Estaba convencido de que la Santísima Virgen lo curaría; presentimiento habitual en aquellos á quienes se dispone á visitar la gracia de un milagro.

El 28 de Abril por la tarde se le trajo la tan de-

seada agua. Arrodillóse en unión de sus padres, hermanos y hermanas, todos cristianos fieles, sencillos, confiados. Enrique se inclinó para proceder más cómodamente á las lociones. El doctor había recomendado mucho que el agua fría no tocase nunca su llaga, de lo contrario se seguirían, según decía, infaliblemente complicaciones muy graves. Mas para el piadoso joven la bondadosa Virgen era antes que el médico, y el agua de la gruta no era «agua fría.»

Quitóse, pues, los vendajes é hilas que encubrían su úlcera y tumores, y con un lienzo empapado en la milagrosa agua, bañó sus horribles llagas. «Es imposible, pensaba, que la Santísima Virgen no me cure.» Y allí mismo se durmió tranquilamente.

A la mañana siguiente, al despertarse, estaba curado, completamente curado. Nada de llaga, nada de tumores, nada de sufrimientos: como recuerdo, la bondadosa Virgen le había dejado la cicatriz de su extensa úlcera; pero esta cicatriz era completa y blanca, tan sólida como si la mano del tiempo la hubiese lentamente formado. La curación había sido radical, súbita y sin convalecencia.

Más aún, el temperamento del joven Enrique, hasta entonces escrofuloso y substancialmente alterado, volvía al mismo tiempo á su estado normal. En efecto, desde aquel día Enrique Busquet quedó completamente curado; creció lleno de vigor y de salud. «Actualmente, dice un testigo ocular, es un guapo y robusto joven de veintiocho años de edad, que ejer-

ce como su padre el oficio de yesero, cantando todo el día, no canciones obscenas ó picarescas, sino honestas y alegres canzonetas, ó bien cánticos en honor de su inmaculada Bienhechora.»

La relación de los médicos ha atestiguado sin rodeos el carácter sobrenatural de esta curación. «Colocamos este hecho, se dice en ella, entre aquellos que tienen plenamente y de una manera evidente el carácter sobrenatural.»

El médico que hasta entonces había asistido al joven privilegiado de MARIA, declara con no menor franqueza que «esta súbita curación era maravillosa y divina.»

XXIII

Décimoa octava y última aparición de la Santísima Virgen á Bernardica

Hemos dicho que Bernardica pudo ver otra vez á la Virgen y recibir un supremo consuelo de Aquella que la había hecho sufrir para la nueva obra de su amor. La pobre niña había en efecto sufrido persecuciones, como antes hemos dicho, y las había soportado con una gran constancia, dulzura y sencilla humildad.

Era la tarde del 16 de Julio, festividad de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Bernardica sentía el

misterioso atractivo que otras veces la había llamado á la gruta. Participó á su familia, y la más joven de sus tías se ofreció á acompañarla. Se avisó á otras dos personas de Lourdes, que habían manifestado vivos deseos de seguir un día á Bernardica confiando ver el éxtasis, y partieron juntas las cuatro.

La gruta estaba entonces cerrada de orden del prefecto; y Bernardica, menos que ningún otro, podía pisar aquel lugar prohibido. Bajaron todos por las praderas contiguas á la ribera opuesta del torrente. Frente de la gruta se arrodillaron á cierta distancia de un grupo de personas que oraban sin percibirse de los recién llegados, y rezaron *Ave Marias* con el rosario en la mano. Era al anochecer.

Las manos juntas de Bernardica se separan y caen repentinamente como por un movimiento de sorpresa. Sus compañeras suponen llegado el éxtasis. A los últimos resplandores del día ven ponerse pálido su rostro y brillar sus ojos. En aquel momento una mujer se acerca con una vela encendida y se arrodilla no lejos de Bernardica, sin dudar de la maravilla. La claridad se refleja en el rostro transfigurado de la niña. Por vez última la tía de Bernardica contempla á su sobrina con su radiante palidez, con la beatitud de su mirada, perdida en el seno de las bellezas y de la gloria de la Virgen María. Admiradas las dos compañeras, miran silenciosas; y la dichosa niña, olvidando á la tierra, se embriaga con las delicias que MARIA le trae del Paraíso por la vez décimoctava.

Después casi de un cuarto de hora, el éxtasis cesa. Bernardica había recibido el último adiós.....

Habló de la visión con una profunda impresión de felicidad. A los primeros rayos que la anunciaron, todo lo perdió de vista, el torrente, la barrera; solamente veía á la Virgen y su blanco ropaje, y su velo, y su cinturón azul, y su aureola, y su dulce mirada, y sus sonrisas..... Nunca la Madre de Dios se había aparecido tan gloriosa. Su rostro semejaba al niño más bello y más radiante; la luz era más magnífica que nunca.

Esta aparición, casi solitaria, fué toda para la niña. Ha sido poco conocida, y no ha ejercido influencia alguna sobre las creencias del pueblo.

La pobre niña Bernardica había llenado su misión con una sencillez llena de valor, con un fervor más fuerte que todas las pruebas. Había sufrido, había combatido por la Señora de las rocas; debía sufrir, debía combatir aún más. La vuelta inesperada de la Santísima Virgen acreditó que estaba contenta de su niña; y en los inefables gozos de ese cuarto de hora del cielo, le dió la recompensa del pasado con la fuerza del porvenir.